I

KRAUSE Y SANZ DEL RIO

Romano García
Universidad de Extremadura

El krausismo español es uno de los intentos más patéticos de hacer de España un pueblo moderno. El balance de ese intento lo haremos al final; ahora nos limitamos a enmarcar al krausismo español en las alternativas y en el destino trágico del siglo XIX: sólo así, pensamos, se nos puede volver inteligible.

El krausismo español es – como señala López Morillas– "un militante repudio de la realidad española contemporánea y un sincero afán de reformarla según pautas racionales" y, en ese sentido, "un tardío retoño del siglo XVIII europeo".[1]

La conexión de los krausistas con el partido progresista y, luego, con el democrático se ve, así, como natural. Justamente es el partido progresista, a través del ministro Pedro Gómez de la Serna, el que encarga a Julián Sanz del Río (1814-1869) –fundador del movimiento krausista en España– que vaya a Alemania para importar un pensamiento adecuado; y lo envía a Alemania –escribe Luis Araquistain– "por ley de contrarios", ya que el partido conservador se venía alimentando del pensamiento francés: por eso habla Araquistain de "revolución filosófica de palacio" y de "golpe de estado filosófico".[3] Quizá no fue exactamente así. Creemos, más bien, que fue el mismo Sanz del Río el que propuso Alemania: y no sólo porque pensara que allí se cultivaba del modo más serio e interesante la filosofía, sino también, y sobre todo, porque ya conocía el pensamiento de Krause, cuya introducción y cultivo en España podría resultar, según él, muy beneficioso para el país. Así escribe, en una carta a José de la Revilla, que la elección que hizo de la filosofía de Krause "no nació de motivos puramente exteriores, sino que era hija de la conformidad que hay entre aquella doctrina y la que yo encuentro dentro de mí mismo".[4] Y en su *Metafísica Analítica* nos confiesa: "Resumidas en estos términos las diferencias capitales de la filosofía novísima [la de Krause, que acaba de comparar con otras anteriores –Kant, Fichte, Schelling y Hegel–] no era para nuestro

---

1 *Krausismo y literatura*, Barcelona, 1973, p. 11.
2 *El pensamiento español contemporáneo*, Buenos Aires, 1962, p. 20-21.
3 *Id.*, p. 17.
4 Cf. G. Manrique, *Sanz del Río*, Madrid, s.-a., p. 23, citado por Eloy Terrón en su estudio preliminar a Sanz del Río, *Textos escogidos*, Barcelona, 1968, p. 81-2.

BOLETÍN AEPE Nº 15. Romano GARCÍA. KRAUSE Y SANZ DEL RIO
Centro Virtual Cervantes

juicio dudosa la preferencia".[5] En esto sí tiene razón Araquistain: "Sanz del Río era krausista *avant la lettre*".[6]

¿Por qué Krause? —se han preguntado muchos, dando a entender ya con la misma pregunta que Sanz del Río no sabía lo que hacía ni tenía idea de lo que realmente necesitaba España. "En España hemos sido krausistas por casualidad" —escribe Menéndez Pelayo, el más importante de los detractores del krausismo español.[7] Hay incluso quien, como Gonzalo Fernández de la Mora, considera doble la falta de Sanz del Río: no sólo nos trajo algo inservible, sino que, de paso, impidió la incorporación de otras corrientes más oportunas y necesarias —Hegel y Marx, por ejemplo.[8]

Desde luego, Sanz del Río sabía lo que hacía. Por una parte, está el ingrediente místico de la filosofía de Krause que enlaza muy bien con nuestra mística del siglo XVI y con el misticismo que, en alguna medida, define al español. Así podemos leer en un trabajo de Francisco de Paula Canalejas, discípulo de Sanz del Río: "Cuando la última página del libro [la *Metafísica Analítica* de Sanz del Río] nos forzó a mirar el cielo después de haber escrutado los arcanos de la conciencia humana, se nos apareció el verdadero método, la escala mística de Jacob, la escala de conceptos que... se abrían para permitir el vuelo de la enamorada razón del hombre que ascendía a conocer al Ser infinito y absoluto, incondicional y eterno".[9]

Está, por otra parte, el cosmopolitismo romántico de *El Ideal de la humanidad para la vida*:[10] la humanidad como una gran familia es una idea que no podía desentonar en España, que ya había recogido, con Séneca, el cosmopolitismo estoico y fundaría después el Derecho Internacional Moderno.

Pero es en el aspecto social y político donde mejor puede comprobarse como coherente el recurso a Krause. La filosofía de este pensador alemán puede describirse, de manera global, como *organicismo*. El carácter organicista de la sociedad le permitía a Krause aparecer como antihegeliano. Desde su oposición a Hegel, ese organicismo contiene tres puntos principales: 1) un sentido fuertemente humanista frente a la disolución del individuo en el sistema hegeliano; 2) espíritu asociativo y armónico, espíritu de conciliación, de colaboración y de unidad en la variedad, frente a la exaltación hegeliana de la contradicción; 3) el asociacionismo es marcadamente pluralista, frente a la preponderancia del Estado en Hegel. Refiriéndose a este último punto, escribe Gumersindo Trujillo: "Krause concibe la sociedad como un conjunto de asociaciones, cada una de las cuales tiene vida autónoma y colabora con las demás en plano de igualdad. Entre esas asociaciones las hay de fin universal (familia, municipio, nación, etc.) y otras de fines especializados (Iglesia, asociaciones científicas, gremios, etc.). La nación es un todo compuesto de una multiplicidad de asociaciones autónomas y equivalentes. El Estado no es sino una de esas asociaciones y de ninguna manera tiene preponderancia sobre las otras".[11]

---

5 *Textos escogidos*, p. 136.
6 *Ob. cit.*, p. 27.
7 *Historia de los heterodoxos españoles*, VI, edición del C.S.I.C., Madrid, 1948, p. 369.
8 Cf. *A. B. C.* del 31-VII-1969.
9 "La escuela krausista en España", en *Estudios de filosofía, política y literatura*, Madrid, 1872, p. 139, citado por Araquistain, *ob. cit.*, p. 26.
10 Título de una obra de Krause, traducida con muchos añadidos personales, por Sanz del Río.
11 "Pi y Margall y los orígenes del federalismo español", en *Boletín informativo del Seminario de Derecho Político*, Salamanca-Princeton, núm. 26, marzo de 1962, p. 78-9.

BOLETÍN AEPE Nº 15. Romano GARCÍA. KRAUSE Y SANZ DEL RIO
Centro Virtual Cervantes

Precisamente, "cuando Sanz del Río fue a Alemania —escribe Aranguren— el krausismo se encontraba todavía —aunque por poco tiempo ya— en la "dirección de la historia" europea, como diría un marxista, porque se alzaba, continuando en el terreno metafísico, contra la exaltación hegeliana del Estado. Durante esos años, por reacción filosófica contra Hegel, y en España, además, por reacción política frente al centralismo moderado, todo el mundo y, entre nosotros, toda la izquierda... era antiestatista".[12] Diríase que los sentimientos democráticos o, por lo menos, antiestatistas podían encontrar en Krause un fundamento metafísico. Por eso podemos leer en Sanz del Río: "El Estado, como forma exterior de la Justicia, debe asegurar a los ciudadanos para cumplir libremente la totalidad de su destino; pero las condiciones de libertad y de mérito moral, las intimidades del ánimo y las potencias superiores del entendimiento y de la voluntad actúan fuera de su esfera y sobre sus medios".[13]

Como señalara, después, Gumersindo de Azcárate —uno de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza—, el organicismo que ellos profesaban era un organicismo espiritualista y no meramente biológico, como era el de los positivistas, a los que critica: "Al desnaturalizar la condición de organismo que realmente tiene la sociedad, dándole un carácter meramente físico, viene a resultar que queda la vida humana sometida a leyes fatales y necesarias, con las cuales es incompatible la libertad".[14] De ahí que Legaz Lacambra hable, al referirse al krausismo, de "liberalismo orgánico".[15]

Esa defensa de la libertad absuelve a los krausistas de ser emparentados con el fascismo. Adolfo Posada temió esa acusación, ya que había leído, según nos recuerda Elías Díaz, cómo algunos —Gini, por ejemplo— consideraban el organicismo como "base científica del fascismo".[16]

Curiosamente, los krausistas acuñaron la expresión "democracia orgánica", como el citado Adolfo Posada que habla de "democracia funcional orgánica",[17] expresándose de manera semejante el krausista-socialista Julián Besteiro.

Podemos añadir, para dar fin a esta primera parte de la exposición, que, no obstante su explícito contenido doctrinal —que da una base científica a su oposición al estatismo, al absolutismo y a la teocracia vigentes en España—, hay que convenir con Pierre Vilar en que el krausismo español más que ideas significa una actitud ante la vida,[18] ante la realidad española —habría que matizar. Y esa actitud es, antes que nada, una actitud racionalista. En la inauguración del curso 1857-58, en la Universidad Central, Sanz del Río proclama "la alta misión que habéis abrazado contra el oscurantismo y el escepticismo, que profanan igualmente, en la razón del hombre, la Razón divina y su culto".[19] Y su discípulo Nicolás Salmerón exclama en pleno Parlamento, en 1894: "Tengo a honor que Krause haya sido uno de mis maestros; pero yo jamás he jurado por ningún maestro; no juro por Dios vivo; no juro sino por la razón".[20]

---

12 *Moral y sociedad*, Madrid, 1966, p. 142.
13 *Sistema de filosofía*, parte 1ª, Madrid, 1860, que cita Tuñón de Lara, *La España del siglo XIX*, Barcelona, 1973, p. 173.
14 "El positivismo y la civilización", en *Estudios filosóficos y políticos*, Madrid, 1877, p. 52-3.
15 "El pensamiento social de Gumersindo de Azcárate", en *Estudios de historia social de España* I, Madrid, 1960, p. 28.
16 Elías Díaz, *Filosofía social del krausismo español*, Madrid, 1973, p. 241-2.
17 *Id.*, p. 245.
18 *Historia de España*, París, 1962, p. 108.
19 *Textos escogidos*, p. 211.
20 Cf. Tuñón de Lara, *ob. cit.*, p. 309.

BOLETÍN AEPE Nº 15. Romano GARCÍA. KRAUSE Y SANZ DEL RIO
Centro Virtual Cervantes

Esa actitud racionalista lleva a Sanz del Río a convertirse en propagador de la ciencia. En una carta a José de la Revilla escribe: "Es preciso comenzar por quitar los innumerables obstáculos no sólo legislativos, sino aún políticos y sociales, que en la vida pública de nuestro país, tal como es hoy, se oponen a que la ciencia se constituya entre nosotros como un elemento libre, independiente, de vida pública".[21]

Acierta Eloy Terrón cuando afirma de Sanz del Río: "Lo considero el primer propagador y defensor del espíritu científico en España; el hombre que trabajó incansablemente por abrir nuevos horizontes, más universales, al espíritu y a la actividad intelectual de los españoles, encerrados hasta entonces entre los estrechos límites de un subproducto verbalista de la escolástica decadente, o constituyendo, durante los últimos años del siglo XVIII y primera mitad del XIX, una subprovincia cultural de Francia.[22]

II

EDUCADORES DE LA ESPAÑA CONTEMPORANEA

Decíamos antes que se trata más de actitudes que de doctrina. En este sentido, debemos añadir ahora que los krausistas españoles deben ser considerados como los grandes "educadores de la España contemporánea" —como los ha llamado Pierre Jobit—[23] o como sus grandes reformadores —según Gómez Molleda.[24] Este rasgo es más explícito en los krausistas que agrupan en torno a la Institución Libre de Enseñanza y a inspirador Francisco Giner de los Ríos. La clave de las reformas sociales está en la educación y reforma del hombre español, a través especialmente de la enseñanza, la cual había que revolucionar previamente en todos sus niveles. Su labor adquiere un especial relieve en el campo universitario. A la Institución Libre de Enseñanza se la ha llamado "parauniversidad".[25] Su propósito fue educar, no enseñar; formar, no informar, de acuerdo con el eterno paradigma socrático —según el cual el educador se asemeja a la comadrona, limitándose a cooperar en el parto personal de la verdad. Ya el mismo Sanz del Río cumplió este propósito. Según Raymond Carr, fue "el primer profesor que consideró seriamente a sus estudiantes como individuos... y a la Universidad como centro de regeneración moral de la nación".[26]

Cuando se estudia a la Institución —dice Carlos París— nos topamos con ideas provocativamente actuales":[27] promoción de una Universidad viva, que exigía una profunda participación de los estudiantes.

No hemos de olvidar, en cualquier caso, la innegable dimensión política de la Institución, que sólo una mente superficial podría dejar de ver: actuaban, en este

---

21 Cit. por Tuñón de Lara, p. 173.
22 Estudio preliminar, ya citado, p. 11-12.
23 *Les educateurs de l'Espagne contemporaine*, París, 1936.
24 *Los reformadores de la España contemporánea*, Madrid, 1966.
25 Pierre Vilar, *ob. cit.*, p. 108.
26 Según cita Tuñón de Lara, p. 173, n. 3.
27 Diario *Informaciones* del 13-V-1976.

BOLETÍN AEPE Nº 15. Romano GARCÍA. KRAUSE Y SANZ DEL RIO
Centro Virtual Cervantes

sentido, de manera parecida a como lo hace un grupo de presión; presionaron a través del partido liberal, a través de sus ministros liberales y en campañas concretas.[28]

El *eros* pedagógico, la pasión pedagógica, resulta, así, el segundo rasgo de los krausistas españoles.

III

RELIGION Y POLITICA

Gumersindo de Azcárate —tercera gran figura del krausismo español y segunda de la Institución— nos permite el acceso a dos problemas importantes vividos por el grupo: su separación de la Iglesia y sus preocupaciones sociales.

"Exiliado" por el Gobierno justamente aquí en Cáceres, Gumersindo de Azcárate se dedica a redactar su famosa *Minuta de un testamento*. En ella hace un balance de la época que va de 1854 a 1874, reivindica a los krausistas frente a las persecuciones de que son objeto, ofrece normas de conducta al krausista —"manual del perfecto krausista" le llama Gómez Molleda—[29] y define sus creencias religiosas inspiradas por un cristianismo liberal de impregnación racionalista, muy afín al del norteamericano Channing.

Gumersindo de Azcárate considera *santa* la actitud liberal, respondiendo así a la acusación de *pecado* que se lanza contra ella desde la Iglesia. La incompatibilidad entre catolicismo y libertad que proclama el *Syllabus* es el último empujón que lleva a Azcárate a separarse del catolicismo.

Esto nos pone en la pista de otro rasgo del krausismo español: su separación de la Iglesia; a juicio de algunos, es el rasgo más importante y decisivo.[30] Todos los krausistas fueron de la idea de que la influencia de la Iglesia fue nociva para nuestro país: veían en ella un bloqueo de la razón y de la ciencia. Oigamos a Nicolás Salmerón: "¡Qué otra ha sido la conducta de la Iglesia! En ella toda reforma y progreso interior es imposible. Cada vez se ha ido estrechando más desde el siglo XVI, en que la libertad del espíritu rompió la unidad de la imposición dogmática. La Iglesia... pretendiendo consumar el divorcio entre el Dios de la fe y la Razón humana, condena los adelantos de la ciencia y corona el "credo quia absurdum" con la antropolatría del Pontífice".[31]

Este apartamiento de la Iglesia no es descristianización: la metafísica de Krause es profundamente cristiana y profundamente mística; los krausistas propugnaban un cristianismo racional y liberal, un cristianismo compatible con la razón y la libertad. Salmerón habla de una "religión natural" que implique "el superior divino concierto de la razón y de la fe".[32]

---

28 Cf. José María García Escudero, *Historia política de las dos Españas*, I, Madrid, 1975, p. 165-6.
29 *Ob. cit.*, p. 39.
30 Así Jiménez Lozano, en *El País* del 30-VI-1976.
31 *Crisis general de los pueblos cultos*, cit. en Tuñón de Lara, p. 309.
32 *Ibid.*

BOLETÍN AEPE Nº 15. Romano GARCÍA. KRAUSE Y SANZ DEL RIO
Centro Virtual Cervantes

La figura de Azcárate es también muy interesante desde el punto de vista político. Todos los krausistas defienden el "Estado de derecho". Azcárate, en concreto, defiende el régimen parlamentario, pero advierte su debilidad, su trasfondo de clases dominantes, defectos graves que pueden desencadenar "la legitimidad de la revolución". Tras la pantalla de la Constitución se esconden el caciquismo y un régimen feudal: "Feudalismo de un nuevo género, cien veces más repugnante que el feudalismo guerrero de la Edad Media, y por virtud del cual se esconde bajo el ropaje del gobierno representativo una oligarquía mezquina, hipócrita y bastarda".[33] Tuñón de Lara comenta: "Fue un realista y su realismo le llevó a poner al desnudo la comedia institucional española representada por los empresarios de la Restauración".[34] Pero Azcárate defiende, ante los problemas políticos, una postura reformista que contrasta con el "cirujano de hierro" de Joaquín Costa —de extracción krausista. Y, aunque realizó una labor social extraordinaria, a través del Instituto de Reformas Sociales, que dirigía, defendió siempre la primacía de la educación moral de los individuos, proponiendo "como primera condición para la reforma social, la restauración del decálogo en las conciencias, y en la vida el cumplimiento de los deberes en todos, especialmente en las clases directoras".[35] Visión insuficiente, tibia, del problema: ella contribuirá a que el krausismo sea desbordado por el temple socialista que comienzan a imponer las masas obreras.

Señalemos finalmente, con Salvador Giner, que en España "los primeros sociólogos procedieron todos del marco de la llamada escuela krausista".[36] Y Adolfo Posada —krausista él mismo— nos presenta a Azcárate como "el primer representante de la sociología en España", advirtiéndonos que, aunque tuvo conciencia de la presencia de Comte, no le siguió en su positivismo: se trata —arguye Posada— de una sociología con "aire crítico", con "tratamiento filosófico", con "sacudida idealista".[37]

EPILOGO

Todas las limitaciones del krausismo pueden reducirse a una: su condición burguesa y minoritaria. El historiador Emilio G. Nadal habla de "un relevo de minorías".[38] En este sentido, el krausismo responde a la necesidad de que una minoría burguesa *ilustrada* desplace a la minoría agraria y nobiliaria.

Los krausistas sentían simpatía por el pueblo y hasta pretendían apoyarse en él, pero "no se sentían pueblo sino élite... Por eso, si el krausismo es un arma dirigida contra la estructura ideológica del *viejo régimen*, es un arma limitada de clase, sin raíces en el pueblo".[38] En ese sentido hay que entender el reproche de Pierre Vilar en su esquemática *Historia de España*: "No llega ni a la vieja España, fiel a la educación religiosa, ni al pueblo, que continúa sacrificando... De suerte que la *inteligentsia* krausista se limita a ser un hecho aislado, artificial y extrasocial".[39] Arturo Barea,

---

33 *El régimen parlamentario en la práctica*, p. 103, según Tuñón de Lara, p. 311.
34 *Ob. cit.*, p. 311.
35 *Estudios económicos y sociales*, Madrid, 1876, p. 141.
36 *Historia del pensamiento social*, Barcelona, 1967, p. 557.
37 *Para América. Desde España*, París, 1910, p. 36-7
38 Tuñón de Lara, *ob. cit.*, p. 315.
39 P. 109.

BOLETÍN AEPE Nº 15. Romano GARCÍA. KRAUSE Y SANZ DEL RIO
Centro Virtual Cervantes

en la primera parte de su *La forja de un rebelde*, califica al krausismo de "aristocracia de izquierda".[40]

Por todo ello, los krausistas serán desbordados por la República, a la que, a su vez, en alguna medida, inspiran: la voz de las masas obreras hará que las instancias sociales suban a primer plano, desplazando como insuficientes los intentos meramente pedagógicos y moralizantes de los krausistas. Se relaciona, quizá, con esto la inhibición de los krausistas y educados por el krausismo ante el golpe de 1936 —de que habla Araquistain.[41] El mismo autor lamenta asimismo que no se preocuparan por "el gran problema de España: la reforma de nuestra economía, la revolución industrial y agrícola del país".[42]

Digamos algo en su descargo. El destino de las clases burguesas ha sido siempre el mismo: iniciar la lucha contra un orden caduco para terminar finalmente siendo desbordadas por la masa popular. La revolución burguesa europea y su reflejo político que es la Revolución Francesa es el símbolo de este fenómeno. Pero, hablando con lenguaje dialéctico, hay que conceder una dimensión positiva a todo intento burgués, sin olvidarnos de la negativa.

Por otra parte, al enjuiciar al krausismo, conviene meditar —como ya lo hizo Antonio Machado— en el inmenso poder que, en España, ha tenido siempre la derecha. Me parece conveniente, en este sentido, enmarcar al krausismo dentro del problema de las dos Españas. La división se insinúa en el siglo XVIII y se afirma en el XIX. El problema tiene un trasfondo religioso: España no sigue a Europa en su intento de autonomía frente a la Religión; la Contrarreforma, con Felipe II, bloquea la posibilidad de nuestra modernización.

La unidad católica y la impermeabilización hacia Europa —ya moderna— comenzarán a ser "contestadas" en el siglo XVIII, pero una auténtica lucha sólo se entablará en el XIX. El enfrentamiento de las dos Españas en el siglo XIX es —como señala García Escudero— nuestra anacrónica réplica de las guerras religiosas europeas.[43] Es, por ello, muy significativo que los krausistas atribuyeran al catolicismo —a un catolicismo contrarreformista— la mayor parte de los males del país. Nadie duda de que, si se hubiera afirmado en España otro tipo de catolicismo más moderno —el erasnista, por ejemplo—, las cosas hubieran ido de otra manera.

En realidad, como ha señalado recientemente Sánchez Albornoz,[44] España no ha clausurado todavía su etapa medieval, aún no se ha modernizado. Por eso resulta tan actual la pasión de los krausistas por modernizar a España, como es actual Cervantes cuando muestra, a través del *Quijote*, que el medioevo ya no sirve como forma de vida, que no vale oponerse a la irrupción de la modernidad.

---

40 Cf. García Escudero, *ob. cit.*, vol. I, p. 170.
41 *Ob. cit.*, p.
42 *Ibid.*
43 *Ob. cit.*, p. 12.
44 Según relata y comenta Paulino Garagorri, en *El País* del 16-VII-1976.

BOLETÍN AEPE Nº 15. Romano GARCÍA. KRAUSE Y SANZ DEL RIO
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes